

Jubileo Guadalupense

2026-27

Tu
Madre
te busca

CARTA PASTORAL





CARTA PASTORAL

del Arzobispo de Toledo, de su Obispo auxiliar
y de los Obispos de las diócesis de la
Provincia Eclesiástica de Mérida-Badajoz,
con motivo del Año Jubilar Guadalupense 2026-2027

«TU MADRE TE BUSCA»

- ✠ **Francisco Cerro Chaves**, arzobispo de Toledo
- ✠ **José Rodríguez Carballo**, arzobispo de Mérida-Badajoz
- ✠ **Jesús Pulido Arriero**, obispo de Coria-Cáceres
- ✠ **Ernesto Jesús Brotóns Tena**, obispo de Plasencia
- ✠ **Francisco César García Magán**, obispo auxiliar de Toledo

Carta Pastoral «Tu Madre te llama».
Año Jubilar Guadalupense 2026-2027.
Depósito legal: TO 224-2026.

«**T**u Madre te busca» (cf. *Mc* 3,32 y par.). Bajo este lema abrimos un nuevo Año Jubilar Guadalupense, un verdadero año de gracia para todo el Pueblo de Dios que peregrina en esta tierra de Extremadura, para las archidiócesis de Toledo y de Mérida-Badajoz, y las diócesis de Coria-Cáceres y de Plasencia, así como para quienes quieran acercarse a la casa de nuestra Madre y Patrona, Nuestra Señora de Guadalupe, y dejar que, en su mirada serena, les alcance la ternura y el amor de Dios.

La escena evangélica a la que remite el lema escogido para este Jubileo es bien conocida. María, la Madre de Jesús, acude con algunos parientes adonde espera encontrar a su Hijo, cerca del lago, predicando, rodeado de la multitud que lo seguía y escuchaba. Busca a su Hijo, quizá inquieta, preocupada por lo que se oye de Él, ansiosa por poder abrazarlo, temerosa de que pueda pasarle algo...

La escena parecía repetirse. Imposible olvidar aquella otra ocasión, años atrás, cuando, con el alma encogida, buscó desesperadamente durante tres días por toda Jerusalén a aquel adolescente, ocupado ya en las «cosas de su Padre». «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados... ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?» (*Lc* 2,48s). Luego, lo sabemos bien, vendrán otras búsquedas... aquella con el alma traspasada de dolor en el camino de la cruz al encuentro de su Hijo sufriente o aquella otra, ante aquel sepulcro, en silencio, y en espera confiada de ese «encuentro» gozoso que reviven cada mañana del domingo de Pascua las hermosas procesiones de nuestros pueblos.

En aquella ocasión, allá en el templo, nos dice san Lucas, ni María ni José comprendieron la respuesta de su Hijo, pero María la conservó y meditó orante, una y otra vez, en su corazón, como seguro rumiaría la desconcertante reacción de aquel día: «Mira, tu madre y tus hermanos

y tus hermanas están fuera y te buscan... ¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?... Estos son mi madre y mis hermanos. El que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre» (Mc 3,31-34).

Los evangelios no recogen el eco que pudieron tener estas palabras en María; quizá, inesperadas en un principio, pero lógicas, sin duda, en Aquel a quien Ella misma había inculcado desde pequeño la primacía de la voluntad de Dios. ¿Cómo no iba a comprenderlas? No solo le estaba invitando a dar un paso más en su itinerario de fe, a ser no solo «madre», sino «discípula», sino que, realmente, ya la estaba reconociendo, en palabras de san Pablo VI, como «la primera y la más perfecta discípula»¹, modelo de todo discipulado. Ella es la primera de aquellos que, oyendo la Palabra de Dios, la cumplen (cf. Lc 11,28); la primera en colocarse entre los humildes y pobres del Señor para enseñarnos a esperar y recibir la salvación que solo viene de Dios; la primera, dirá san Juan Pablo II, a la cual parecía decir «sígueme» aun antes de dirigir esa llamada a los apóstoles². Recordemos aquí este conocido axioma de san Agustín: «Más es para María haber sido discípula de Cristo que ser su madre... Es bienaventurada porque escuchó la Palabra de Dios y la guardó»³.

Escuchar la Palabra, acogerla, abrazarla, cumplirla. Ese fue el lema de toda su vida, así como el ADN que sella y configura la vida del discípulo, la vida de todo creyente, la nuestra. Ya en un principio escuchó la palabra del ángel para responder confiada «*hágase en mí según tu palabra*» y la Palabra con mayúscula se hizo carne en su seno. «*Haced* lo que él os diga» (Jn 2,5) dirá a los sirvientes de Caná y nos repite hoy a todos y a cada uno de nosotros desde este hermoso rincón de las Villuercas. Es verdad que no siempre fue fácil. Dura debió ser la soledad de Nazaret, tras la marcha de Jesús; días solitarios en los que, inquieta por la suerte de su Hijo, experimentará con dolor la desconfianza que, ante Él, siente la propia familia, sus vecinos, su gente. Nadie es profeta en su tierra

1 San Pablo VI, Exhortación apostólica *Marialis cultus* (1974), 35.

2 Cf. San Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptoris mater* (1987), 20; Dicasterio para la Doctrina de la Fe, *La Madre del Pueblo fiel* (2025), 73.

3 San Agustín, *Sermón* 72A, 7.

(cf. Lc 4,22-30). Duro fue ese «fiat» («hágase») balbuceado en silencio mientras se abrazaba a la cruz. Duros, sí, pero esperanzados, esos tres interminables días de espera, abandonándose en las manos de Aquel que se había fijado en la pequeñez de su sierva.

Haced lo que Él os diga... Ese, precisamente, es y ha de ser el rasgo distintivo de los discípulos de su Hijo, de esta nueva familia enraizada no ya en los lazos de sangre, sino en la escucha obediente de la voluntad de Dios. A esta familia pertenecemos; a esta familia el mismo Señor ha querido unirnos. Es un regalo, un gozo y una responsabilidad.

Los obispos de esta tierra extremeña, en este jubileo guadalupense, os invitamos ya de entrada a entrañar este mandato, el único que María nos ha dejado en los evangelios. No en vano, tal como nos enseñó el papa Benedicto XVI, «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»⁴.

1. Nos buscaste para que te buscásemos

Decía san Agustín, hombre de corazón inquieto, que somos un misterio incluso para nosotros mismos, un misterio mayor que nosotros mismos; quizá, porque llevamos grabado a fuego en el corazón un anhelo innato de felicidad, de vida y de verdad, de Dios, que solo Él, realmente, sabe y puede saciar. «Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti»⁵.

Hay algo en lo más profundo de nuestro ser que nos impele a trascendernos, a ir más allá. Es verdad que podemos errar la mirada y dejarnos atrapar por ilusiones vanas, felicidades vagas y efímeras, deseos que te atrapan y que a la larga solo generan más soledad, insatisfacción, cuando no más dolor y sufrimiento, incluso en los que te rodean. Mas nuestro corazón sabe bien que, creado a imagen y semejanza de Dios, llamado, en última instancia, a la comunión con Él y con los hermanos,

⁴ Benedicto XVI, Carta encíclica *Deus caritas est* (2005), 1.

⁵ San Agustín, *Confesiones* 1, 1.

creado para amar y ser amado, no puede conformarse con poco y por eso busca.

El hombre no parte de un vacío, ni de un desierto cuando se aventura al encuentro con Dios. Dios no es un Dios mudo, aunque en muchas ocasiones nos pueda doler su aparente silencio. No nos ha hablado a escondidas, ni nos ha dicho «buscadme en el vacío» (cf. *Is* 45,19). La *Carta a los Hebreos* nos recuerda que nos ha hablado y buscado ya de muchas maneras a lo largo de la historia (cf. *Heb* 1,1). La creación entera lleva en sí impresa la huella de su Creador; nos habla de Él y Él nos habla e interpela en ella; como nos busca y habla a través de los acontecimientos, de la historia, del rostro de los que nos rodean, de los pobres y a través de mucha gente buena, verdaderos profetas, «santos de la puerta de al lado», en la feliz expresión del papa Francisco, que Dios mismo ha puesto en nuestro camino y a través de los cuales se nos hace el encontradizo.

Sobre todo, y de manera definitiva, nos ha hablado en Jesucristo, su Hijo, nuestro Señor y hermano, su Palabra hecha carne. No es Palabra que hiera, divida, engañe o humille, como tantas palabras hoy, desgraciadamente. Es Palabra que sana, levanta, abraza y acoge, reconcilia y salva. En ella Dios «dice», y dando su vida por nosotros nos enseña a amar; «se dice» a sí mismo, revelando su misericordia y revelándose como amor gratuito e incondicional, sin límites; «nos dice», mostrándonos nuestra verdad y destino como hijos e hijas amados de Dios y hermanos unos de otros.

En Dios vivimos, nos movemos y existimos (cf. *Hch* 17,28). Si podemos buscarlo, es porque Él nos ha buscado primero; si podemos amarlo, es porque Él nos ha amado primero (cf. *1 Jn* 4,10.19). «Nos buscaste cuando no te buscábamos y nos buscaste para que te buscásemos»⁶, exclamará orante, de nuevo, san Agustín. Y Cristo Jesús es el lugar de ese encuentro. Dejémoslo encontrar por Él.

En María, el Señor nos busca (cf. *Lc* 15,4-8). En Ella, la primera agraciada, tal como canta el Magníficat, y en su rostro materno, reconocemos al Señor «que viene a nuestro encuentro con los brazos abiertos (cf. *Lc* 15,20), que se detiene frente a nosotros (cf. *Lc* 18,40), que se

⁶ San Agustín, *Confesiones* 11, 2, 4.

inclina y nos levanta contra su mejilla (cf. *Os* 11,4), que nos mira con amor (cf. *Mc* 10,21) y que no nos condena (cf. *Jn* 8,11; *Os* 11,9). En su rostro materno muchos pobres reconocen al Señor que «derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes» (*Lc* 1,52). Ese rostro de mujer canta el misterio de la encarnación»⁷. En ese rostro de madre, en el rostro moreno, rostro del pueblo, de nuestra Madre de Guadalupe, nos alcanza el amor y la ternura de Dios, la esencia del Evangelio. Dejémonos también mirar por Ella.

Ella misma, madre y hermana nuestra, que sabe bien de nuestros gozos y fatigas, nos acompaña y sale presurosa a nuestro encuentro en nuestros temores y soledades. Nos invita, en estos tiempos recios que nos está tocando vivir, a confiar, a no tener miedo. Podemos poner en sus labios las sentidas palabras de Pablo en su solicitud amorosa por las Iglesias que él mismo fundó y por cada uno de sus hermanos: «¿Quién enferma sin que yo enferme? ¿Quién tropieza sin que yo me encienda?» (*2 Cor* 11,29).

Hoy, Ella «nos suplica que le permitamos ser nuestra madre, que abramos nuestra vida a su Hijo Jesús y acogamos su mensaje para aprender a amar como Él»⁸. Ha querido permanecer con nosotros, para consolarnos y atender las necesidades de los más pequeños, sin excluir a nadie, para arroparnos como madre solícita con su presencia, amor y consuelo. Bajo su amparo, nada hemos de temer. ¿No es acaso nuestra madre?

Consuelo, esperanza, amor materno incondicional... ¡Cuántos de nosotros hemos sentido la gracia de experimentar todo ello bajo su mirada! ¡Cuántas lágrimas ha enjugado y sigue enjugando nuestra Madre aquí en Guadalupe, en este mismo santuario! Así lo quiso Ella, como narra nuestra venerable tradición, cuando advirtió a aquel asustado pastor de la presencia escondida de su imagen: «No temas, hijo, yo soy la Madre del Hijo de Dios y abogada del género humano. Sabe que en este puesto está enterrada una imagen mía y es mi voluntad para con ella hacer misericordiosamente bien al mundo, que se saque en

⁷ Dicasterio para la Doctrina de la Fe, *Madre del Pueblo fiel* (2025), 77.

⁸ Francisco, *Homilía* (12.12.2022).

público y gocen de su favor los necesitados»⁹. A nadie sorprende que, entrañada en el corazón de nuestros misioneros, la dulce advocación de Guadalupe fuera llevada desde Extremadura a tierras lejanas para echar raíces no solo en México, sino en todo el continente americano. ¿Cómo no recordar a los «Doce Apóstoles de México»?, aquellos doce frailes franciscanos que, desde el cercano monasterio de Belvis de Monroy, partieron a tierras lejanas con el Evangelio en la mano y la devoción a nuestra Virgen de Guadalupe en el corazón y en los labios. Hoy, siglos después, el dulce nombre de María, en la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe, nos hermana.

Es, precisamente, este amor y cuidado maternal el que hace de nuestra Madre memoria viva y «pro-vocativa» de los pobres, de los pequeños, de los heridos y caídos al borde del camino. Es el mismo Señor el que nos busca y sale al encuentro en ellos. Recordemos la parábola final del evangelio de Mateo, donde se nos advierte que, en el último día, tan solo se nos examinará de amor: «Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos o con sed y te dimos de beber? ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos? ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?... En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,37-40).

El reclamo confiado de María, en Caná, a Jesús, «no tienen vino» (cf. Jn 2,3), acompañado del explícito «haced lo que él os diga» (Jn 2,5), constituye una continua exhortación al Cuerpo de su Hijo, su Iglesia. En Caná, las palabras de María tenían en mente la vergüenza de unos novios. Hoy, escuchamos de nuevo de sus labios: mira a tus hermanos, no tienen pan, hogar, un techo, trabajo...; a muchos se les niega la dignidad y el presente, otros han perdido la fe. Cuando Cáritas, en su último informe FOESSA, nos recuerda el alto índice de exclusión social que todavía padece nuestra comunidad, su súplica confiada hace suyo el clamor de los últimos y nos recuerda que no podemos mirar hacia otro lado cuando está en juego la dignidad y la vida del ser humano,

⁹ F. Diego de Montalvo, *Venida de la soberana Virgen de Guadalupe a España*, vol. I, Lisboa 1631, cap. 1, fol.1.

sin exclusión y desde el seno materno, cuando está en juego también la vida y el desarrollo de nuestros pueblos, muchos de ellos pequeños, pero no por ello menores en derechos y dignidad. Nuestro año jubilar no puede olvidar el mandato que Nuestra Señora de Guadalupe nos encomendó hace más de setecientos años: «Y mandóme más [relata el pastor], que dijese a los que tuvieran cargo de su casa que diesen de comer a todos los pobres que a ella viniesen al menos una vez al día»¹⁰.

A este respecto, no viene mal recordar, en el actual contexto y problemática social, las palabras que san Juan Pablo II, aquí mismo en Guadalupe, pronunció con motivo de su visita pastoral a nuestra tierra. Su homilía se centró en el drama de la inmigración. Nos recordó que Extremadura fue tierra de emigrantes y hoy es tierra de acogida. Nos recordó el derecho de todo hombre y mujer a dejar su hogar y sus raíces en búsqueda de un futuro mejor, derecho que debería, ciertamente, convivir con el que él mismo, en otras ocasiones, llamó «derecho a no emigrar», a vivir en paz y dignidad en su propio país, máxime cuando son millones las personas que se ven obligadas a abandonar su casa a causa de la pobreza, de la violencia y la guerra, los conflictos étnicos, el hambre, la desesperación o el miedo. Junto a ellas y con ellas, nos recordaba el Papa, camina también María. También Ella padeció en sus propias carnes lo que significa huir a toda prisa de su hogar, con su esposo y su hijo en brazos, para acampar en Egipto y vivir como una refugiada más. Y hoy lo padece y sufre en la carne de sus hijos.

A esta sazón, el Papa denunciaba, ya entonces, cómo en muchos lugares de acogida se olvida con demasiada facilidad que los inmigrantes son, en su mayoría, personas que han sido arrancadas por la necesidad de su tierra natal; y, si bien les instaba a procurar insertarse con sencillez y lealtad en la cultura que los acoge, con mayor vehemencia urgía a nuestra sociedad a respetar y valorar su dignidad, auxiliarlos en la necesidad y mostrarles un rostro verdaderamente humano.

10 D. de Écija, *Milagros de Nuestra Señora de Guadalupe* [AMG C1, c.4), citado por S. García, 'El fenómeno guadalupense como expresión de religiosidad popular', en F. J. Campos y Fernández (coord.), *Religiosidad popular en España. Actas del Symposium*, vol. I, San Lorenzo del Escorial 1997, 439.

Estas palabras no han perdido actualidad. El papa Francisco resumía este mismo mensaje con cuatro verbos: «acoger, proteger, promover e integrar», en lo que supone una verdadera cultura del encuentro¹¹. El papa León XIV nos recordará asimismo cómo, en la esperanza de poder encontrar un futuro mejor para ellos y sus familias, huyendo a menudo de las hambrunas y de la guerra, son muchos los que han tenido el coraje de confiarse a Dios en medio de la tribulación. Ello los convierte en verdaderos «misioneros de la esperanza». No es poca cosa esta lección, advierte, como tampoco es poco lo que, de una forma u otra, aportan ya a nuestra sociedad y a nuestras comunidades cristianas¹². Aun sabiendo que no siempre es fácil la convivencia y la integración, nuestra Madre nos exhorta a no ceder a los prejuicios, ni a los discursos de odio, que siembran temor y discordia. Son muchos los esfuerzos que, desde nuestras diócesis, se están haciendo para crecer como comunidades acogedoras y solidarias. Gracias, de verdad y de corazón.

2. Construye mi Iglesia

Suele acompañar a las apariciones de la Virgen el mandato de construir una ermita o iglesia, un lugar de acogida y encuentro. Así lo recoge también nuestra venerable y querida tradición guadalupense. Transmitida con amor de padres a hijos, la historia nos remite a la aparición de Nuestra Madre a un humilde pastor, Gil Cordero, seguida del hallazgo de su sagrada imagen junto al río Guadalupe. Es ahí donde la Virgen quiso que se construyera una casa en su memoria, casa de oración, casa para acoger, congregar, bendecir... «Ahí hallarán una imagen mía. Cuando la sacaren, díles que no la muden ni la lleven de este lugar donde ahora está, más que le hagan una casilla en la que la pongan. Ca tiempo vendrá en que, en este lugar, se haga una iglesia y una casa muy notable y pueblo asaz grande»¹³. Estamos a principios del siglo XIV.

11 Cf. Francisco, *Mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado* (21.08.2017).

12 Cf. León XIV, *Mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado* (25.07.2025).

13 D. de Écija, *Libro de la invención de esta santa imagen de Guadalupe*, citado por S. García, 'El fenómeno guadalupense como expresión de religiosidad popular', 430.

El pastor cumplió el mandato que le encomendó Nuestra Señora y construyó una pequeña ermita en ese lugar, germen y principio del actual santuario. Mas la petición de María apuntaba realmente mucho más allá de la mera construcción de un templo de piedra, por hermoso que sea, que lo es, ciertamente. Su petición recuerda a aquella que, un siglo antes, había escuchado en Asís un joven llamado Francisco, en aquella derruida ermita de san Damián. Lo recordará bien la Comunidad Franciscana, custodia de nuestra Virgen de Guadalupe, y a la que no podemos menos en esta carta de manifestarle nuestra más sincera gratitud. Corría el año 1205 cuando san Francisco escuchó aquella voz: «Francisco, restaura mi Iglesia, que corre peligro de derrumbe». Todos sabemos que el Cristo de san Damián no se refería solo a reparar aquellas piedras, sino a restaurar y reformar su Iglesia, para que recuperase la frescura del Evangelio. El sueño del papa Inocencio III, que vio cómo un humilde y sencillo Francisco salvaba a la catedral madre de San Juan de Letrán de un seguro desplome, lo confirma: «Este es, ciertamente, un hombre santo y bueno que apoyará y sostendrá la Iglesia de Dios». El símil nos vale. La invitación de María a nuestro sencillo pastor y a los que, alabando a Dios tras el hallazgo de la santa imagen, creyeron en sus palabras, no fue solo a edificar una capilla, un edículo, sino a construir Iglesia, Pueblo de Dios. Y, por eso, desde entonces, a orillas del río Guadalupe y bajo su tierna mirada, mirada de Madre y Hermana, los cristianos nos reunimos para orar, para escuchar la enseñanza de los apóstoles, para partir el pan.

La memoria y presencia de María entre nosotros acompaña a esta Iglesia que crece y se fragua como misterio de comunión. Nos exhorta a amar a la Iglesia, a sentirnos Iglesia, parte viva de ella, a experimentar el gozo y la responsabilidad de vivir la fe, no por libre, sino arropados por una comunidad de hermanos; vincula de una forma más íntima si cabe nuestras Iglesias particulares con verdaderos lazos de fraternidad; nos hermana. Ella es «Madre» y «Memoria» de la Iglesia, como, respectivamente, la invocaron dos papas santos, Pablo VI y Juan Pablo II. En Ella nos reconocemos y de Ella aprendemos sin equivocarnos a ser Iglesia:

1. En primer lugar, como decíamos anteriormente, encarna la imagen del *discípulo* perfecto, porque supo adherirse total y responsablemente a la voluntad de Dios, porque acogió la Palabra y la puso en práctica, porque su obrar estuvo constantemente animado por la caridad y el espíritu de servicio.

2. En su *virginidad y sponsalidad*, nos da ejemplo de total pertenencia, consagración y abandono a Dios y a la persona y obra de su Hijo, de total acogida y receptividad a la acción del Espíritu. Nos alerta del grave peligro de servir a otros señores (el apego a las propias seguridades, ideologías que dividen y polarizan, la búsqueda de relevancia social y pública, los poderes económicos y políticos...). Nos habla de un amor gratuito, incondicional. Nos confirma que el Señor es y ha de ser nuestra única riqueza. Virgen orante y oferente, ora con y por nosotros y nos enseña a orar, se ofrece con nosotros y nos enseña a hacer de la propia vida verdadero culto y ofrenda a Dios.

3. Asimismo, el regalo de María como *Madre* a la Iglesia, al pie de la cruz, manifiesta una especial misión salvífica¹⁴. Cristo nos lleva a María, porque no quiere que caminemos sin una madre. En Ella, leemos en *Lumen gentium* 65, encontramos el ejemplo de ese amor maternal que debe guiar a todos los que participan en la misión evangelizadora de la Iglesia para engendrar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo a una vida nueva.

a) Así, en María, la Iglesia está llamada reconocerse como madre de corazón abierto, hogar de puertas abiertas donde todos tienen sitio, con su vida y mochila a cuestas, sin exclusiones ni descartes, donde todos y cada uno importan, por encima de cualquier beneficio o interés. La invocación de María como auxilio y refugio de los pecadores nos recuerda que la Iglesia no puede ser una aduana. Ha de ser abrazo de gracia. De ahí la necesidad y obligación de no encerrarnos en nosotros mismos, sino de atrevernos a salir, con prontitud, a las periferias, las existenciales, las del dolor, para encontrarnos con el hermano herido, extraviado, necesitado. ¿Quién no ha escuchado de una madre esa pregunta a veces incómoda y siempre provocativa: «¿Has visto a tu hermano?» ¡Acércate a

14 Cf. Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), 285.

él, te necesita!»? Hoy, nuestra Señora de Guadalupe nos convoca y nos hace la misma pregunta. A la sazón, cada vez que la miramos, volvemos a creer en lo verdaderamente revolucionario de la ternura y del cariño¹⁵. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de débiles sino de fuertes, de aquellos que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes. La maternidad pone la misericordia, la diaconía y el proyecto humanizador del Reino de Dios en el centro de la pastoral y de la vida de nuestras diócesis.

b) Su maternidad, asimismo, reúne a la propia Iglesia como fraternidad de hermanos; nos recuerda, como decíamos anteriormente, que no somos francotiradores, sino compañeros de camino, que no podemos seguir a Jesús a nuestro aire, sin más, sino en familia; y nos saca de nuestros pequeños círculos, de nuestros pequeños grupos y espacios de confort, para ayudarnos a reconocer al otro como hermano, a agradecer los dones de Dios en el otro, a superar nuestras diferencias y divisiones, sabedores de que unidad no significa uniformidad, sino comunión; conscientes de que lo que nos divide no son nuestras diferencias, sino nuestros pecados. ¡Qué importante es esto en medio de una sociedad tan dividida y polarizada como la nuestra! La misericordia, la diaconía y la comunión cualifican esa sacramentalidad de la Iglesia de la que nos habla *Lumen Gentium* 1. Los cristianos estamos llamados a ser sacramento, es decir, signo e instrumento de fraternidad, de comunión. Comunión y misión se implican. No hay comunión que no sea misionera. Y ya desde el seno de la Trinidad, la misión nace de la comunión, se discierne en la comunión y genera comunión.

c) Finalmente, la maternidad de María nos recuerda que, como Ella, estamos llamados a engendrar a Cristo para el mundo, a gestar y acompañar la vida de fe, atentos, en clave de fidelidad creadora, a la realidad, los lenguajes, los gozos y fatigas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Esto es evangelizar. Esto sitúa la vida de María y la nuestra en el corazón del Dios uno y trino. Pertenecemos al modo en el que Dios quiere amar el mundo; pertenecemos a la historia trinitaria de amor de Dios con el mundo. «Como el Padre me ha enviado, así también os

15 Cf. Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), 288.

envío yo... Recibid el Espíritu Santo» (Jn 20,21s). No es fácil, lo sabemos; pero, de la misma manera que María acompañó los primeros pasos de aquella Iglesia naciente en su anuncio del Evangelio, y de la misma manera que animó y acompañó el impulso evangelizador de tantos misioneros que partieron de estas tierras y surcaron los mares para llevar consigo los nombres de Jesús y de María, Ella, hoy, la Morenita de Extremadura, nos acompaña, alienta y sostiene en la misión. Nunca nos faltará su intercesión y su ayuda.

4. Solo el Espíritu da vida y anima lo que está cansado. En su *santidad*, advertimos, cómo junto a la súplica confiada en la que rogamos al Señor que renueve nuestras vidas, comunidades, diócesis, a la luz del Evangelio, se impone por nuestra parte la disposición sincera a ponernos en estado de conversión. María inmaculada, santísima, nos invita a abrir las puertas de nuestras comunidades a la verdad de Jesús de la que Ella misma es memoria viva. De su mano maternal, podemos atrevernos a discernir, con el Evangelio en la mano y en el corazón, qué hay de Jesús en nuestras Iglesias, en nuestros proyectos... y qué de mentira o de pecado, para distinguir con sinceridad y humildad, sin miedo, qué es aquello que nos debilita o enferma. La Iglesia, santa y pecadora, solo puede situarse ante sí misma, ante Dios y ante los hombres, en constante actitud de conversión y de reforma, pero con la confianza de que la gracia y la misericordia de Dios siempre son más fuertes que su pecado (cf. *Rom* 5,20). Lo sucedido en las bodas de Caná es una buena parábola de nuestra realidad. Somos testimonio vivo de la gracia de Dios capaz de convertir nuestra agua estancada en vino nupcial.

Fruto de todo lo dicho hasta ahora es la alegría. María es memoria y expresión viva de esta alegría. «Alégrate, llena de gracia» (*Lc* 1,28). «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador» (*Lc* 1,47). La fuente de la alegría la porta en su seno. Con su Hijo, nace y renace la alegría¹⁶.

16 Cf. Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), 1.

3. Guadalupe, lugar de búsqueda y encuentro

Un cayado, unas botas y una pequeña mochila, un camino. A lo largo de los siglos, han sido y son miles los hombres y mujeres que, con el corazón en la mano, han dirigido sus pasos a la casa de la Madre; pasos que han transformado vidas, han generado arte y cultura, han forjado santos, testigos, han suscitado vocaciones; pasos que han sido siembra de fe y de esperanza. El Pueblo de Dios es un Pueblo que camina y no camina solo; sabe que su Señor camina con él. Cristo es Meta y Camino, el camino para la verdadera vida, la senda por la que hemos de andar. «Yendo por Él hacia Él no nos perderemos jamás»¹⁷.

Con Él, también a nuestro lado, camina María. Ella nos busca, acompaña y ampara en nuestro peregrinar, solidaria con nuestros cansancios, esperanzas, gozos y fatigas. A su vez, nos espera, con su Hijo en brazos, en la meta para que podamos descansar en su regazo y saciar nuestra sed, para hacerse abrazo, consuelo, caricia. Nos busca y sale a nuestro encuentro en el camino, para decirnos que nadie está solo en su peregrinar, que nadie avanza solo en la vida. Tampoco, al llegar a nuestro destino, cruzamos solos la puerta santa; Ella misma nos recibe y acoge.

Bellas son las palabras que el *Documento de Aparecida* dedica a los peregrinos. Dicen así:

En cada peregrinación «se puede reconocer al Pueblo de Dios en camino. Allí, el creyente celebra el gozo de sentirse inmerso en medio de tantos hermanos, caminando juntos hacia Dios que los espera. Cristo mismo se hace peregrino, y camina resucitado entre los pobres. La decisión de partir hacia el santuario ya es una confesión de fe, el caminar es un verdadero canto de esperanza, y la llegada es un encuentro de amor. La mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios. El amor se detiene, contempla el misterio, lo disfruta en silencio. También se conmueve, derramando toda la carga de su dolor y de sus sueños. La súplica sincera, que fluye confiadamente, es la mejor expresión de un corazón que ha renuncia-

¹⁷ San Agustín, *Sermón* 92, 3, 3.

do a la autosuficiencia, reconociendo que solo nada puede. Un breve instante condensa una viva experiencia espiritual.

Allí, el peregrino vive la experiencia de un misterio que lo supera, no solo de la trascendencia de Dios, sino también de la Iglesia que trasciende su familia y su barrio. En los santuarios, muchos peregrinos toman decisiones que marcan sus vidas. Esas paredes contienen muchas historias de conversión, de perdón y de dones recibidos, que millones podrían contar»¹⁸.

Tras el esfuerzo del camino, Guadalupe se presenta como una pequeña «Betania» que acoge al peregrino no tanto por lo que ha logrado, sino por lo que es: un buscador de Dios, de paz, de sentido y de esperanza.

Hogar que acoge a los peregrinos, símbolo de los lazos que unen a América y España, Guadalupe se alza como lugar de acogida y encuentro, «casa de puertas abiertas, de oración y de comunión», en palabras del papa Francisco en la carta que nos dirigió en 2023 con motivo del Hermanamiento entre los santuarios de Guadalupe de España y de México.

Es lugar donde podemos acudir para «encontrar-nos», pero no en un mero ejercicio intimista de introspección, sino en presencia del Señor, de nuestra Madre, para encontrarnos en su mirada y bajo su mirada amorosa, encontrarnos en el Señor y, ante todo, encontrarnos con el Señor. Es lugar para, de la mano de nuestra Madre de Guadalupe, descansar en Él y dejarnos abrazar por su misericordia, abrazo que sana, restaura y levanta. Este es el sentido más profundo de las indulgencias y del mismo Jubileo como experiencia de sanación, purificación y liberación. Con las palabras de Pablo a aquella comunidad de Corinto, nuestra Madre, una vez más, nos exhorta: «Os pedimos que os reconciliéis con Dios» (2 Cor 5,20), dejaos reconciliar por Él, dejad que sane vuestras heridas, lave vuestros pecados, venza vuestros temores, y transforme vuestro corazón de piedra en un corazón de carne capaz de amar como el suyo (cf. Ez 36,26). Grande es la misericordia de Dios que se derrama sobre nuestros corazones cada vez que nos acercamos al sacramento de la reconciliación.

En la mesa del Pan y de la Palabra, y en la oración compartida con otros peregrinos, descubrimos que nuestra historia personal se integra

18 CELAM, *Documento de Aparecida* (2007), 259-260.

en una historia de salvación mayor. El hogar de la Virgen de las Villuercas y de todos sus hijos es hogar universal, de comunión, de encuentro. No cabe aquí apropiación ni instrumentalización alguna. La Madre une, no divide ni enfrenta. Recordamos aquí esas palabras introductorias de la Exhortación Pastoral de los obispos de las diócesis extremeñas en el LXXV aniversario de la declaración de la Virgen de Guadalupe como Patrona de Extremadura: «La Virgen de Guadalupe es para los extremeños lugar privilegiado de encuentro con Dios y el camino más querido hacia su Hijo Jesucristo. La Virgen de Guadalupe es también lugar privilegiado de encuentro entre extremeños, síntesis superadora de diferencias, parábola de reconciliación, la casa del perdón y del abrazo. En Guadalupe se sienten como en su propia casa, la casa materna, entrañable y acogedora, la casa grande de todos».

María, nuestra madre, nos recordó expresamente el Papa Francisco en la carta antes citada, «es siempre para su pueblo vínculo de comunión». Ya, desde el principio, convocó a los apóstoles y a aquella primera comunidad en oración, en espera confiada del Espíritu (cf. *Hch* 1,14). Hoy nos convoca y educa en el mismo estilo de vida fraterna que Ella misma vivió en el Cenáculo. Por eso, la comunión es un elemento fundamental de la espiritualidad mariana. No es posible amar a la Virgen y no amar al hermano, al pobre, al que sufre. No es posible amar a la Virgen y no aceptar a la Iglesia como misterio de comunión. Al hablar de Guadalupe, jugando con su significado en distintas lenguas, el Papa habló de «mestizaje», de encuentro con Dios y con los hombres; mestizaje que nos invita a buscar juntos siempre en el otro ese «río oculto» del amor de Dios que lo hace un tesoro inestimable; mestizaje que nos impulsa a ser fermento de comunión y reconciliación entre Dios y los hombres, y entre los hombres entre sí, en medio de tanta violencia que hace del hombre un lobo para el hombre; que nos invita a la esperanza, porque caminamos de la mano de Aquella que ha vencido a la serpiente (cf. *Gén* 3,15) y nos conduce hacia quien, realmente, hace nuevas todas las cosas (cf. *Ap* 21,5). «Pidamos a Dios que, en cada tiempo y lugar donde María nuestra Madre nos convoque, demos testimonio de esa íntima unión de la que solo el Espíritu puede ser artífice».

4. Reina de la paz

Las letanías del santo Rosario terminan rogando la intercesión de María bajo el título entrañable de «Reina de la Paz». En el actual contexto social y político que nos está tocando vivir a nivel mundial, con tantos frentes abiertos de consecuencias imprevisibles, en medio de tanta violencia y de tanta muerte, esta invocación adquiere especial sentido y relevancia.

Impotentes ante tanto dolor, acudimos a nuestra Madre de Guadalupe, a Ella que ha sido capaz de hermanar pueblos a ambos lados del océano, como protectora y guía en la búsqueda de la paz. Ella, como madre, nos recordaba el papa León en la fiesta de la Asunción del año pasado, sufre por los males que afligen a sus hijos, especialmente a los pequeños y a los débiles. Y nos invita a confiar a pesar de todo «pues Dios es más grande que el pecado de los hombres. No debemos, nos dice el Papa, resignarnos a que prevalezca la lógica del conflicto y de las armas. Con María creemos que el Señor continúa a socorrer a sus hijos, recordándose de su misericordia. Solo en esta misericordia es posible encontrar de nuevo el camino de la paz»¹⁹.

Oremos por la paz, esa paz desarmada y desarmante, que empieza por nosotros mismos, por desarmar nuestros corazones y desterrar de nuestras vidas toda sombra de odio y rencor, porque si no hay paz en nosotros, jamás sembraremos paz a nuestro alrededor; esa paz desarmada y desarmante que se amasa en el perdón y en el diálogo, como único camino de romper con la lógica ilógica de la violencia que nos obceca en una espiral de venganza que parece no tener fin. La paz, nos recuerda una y otra vez el Papa, «no llegará como fruto de victorias sobre el enemigo, sino como el resultado de sembrar justicia e intrépido perdón». Pidamos al Señor la paz, pidamos que, en este mundo desgarrado por las luchas y las discordias, nos haga instrumentos de su paz. «Virgen de la paz, puerta de la esperanza segura, ¡acoge la oración de tus hijos!».

¹⁹ León XIV, *Ángelus* (15.05.2025).

5. Conclusión

«¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?» (Lc 1,42s).

Terminamos esta carta con estas palabras de Isabel, palabras entrañadas de gozo y agradecimiento. Nuestra madre, Nuestra Señora de Guadalupe, nos busca y espera. Grande es el amor que le profesa nuestra tierra y nuestra gente. A Ella, a su Inmaculado Corazón, se consagró Extremadura hace setenta años, en octubre de 1956. Renovemos esa consagración que nos invita, asimismo, a amar a nuestra tierra, nuestros pueblos y nuestra gente, y a María, nuestra Madre, en un mismo abrazo. Acudamos hermanas y hermanos a Guadalupe, junto a la Madre, nuestra Patrona, don de Dios para nuestro pueblo, para regresar a nuestros hogares con un corazón nuevo y agradecido. Todos estamos invitados, seglares, sacerdotes, consagrados, asociaciones, instituciones... No dejemos que este jubileo pase de puntillas por nuestras vidas y comunidades. Estamos convencidos de que este año jubilar nos ayudará a confiar cada vez más en la incesante intercesión de nuestra Madre y a imitarla en su total entrega a Dios y a los hermanos. Gracias, de verdad y de corazón, a cuantos a título personal o institucional colaboráis en su preparación y desarrollo.

No queremos olvidar, por último, a los enfermos, a nuestros mayores, a sus familias y cuidadores, a los reclusos y a cuantos difícilmente podrán peregrinar presencialmente. No dejéis, por favor, de hacerlo con el corazón. Sabemos que lleváis a nuestra Madre grabada en el corazón, como Ella tiene grabados vuestros nombres en su pecho. A vosotros especialmente os busca para ser caricia y consuelo.

Queridos hermanos y hermanas. Mientras nos sostenga esa mirada tierna de la Morenita, Extremadura no estará huérfana, ninguno de nosotros estaremos huérfanos. Dejémonos guiar por el Espíritu de Dios, que nos invita a confiarnos por completo al cuidado de la Virgen y actúa en Ella para que interceda por nosotros y nos ayude, con su mediación suplicante y su ejemplo, a entregarnos sin reservas a Dios Padre y seguir los pasos de Jesús. Bajo el amparo de la Virgen de

AÑO JUBILAR GUADALUPENSE 2026-2027

Guadalupe nos acogemos; bajo su amparo ponemos nuestra tierra de Extremadura, nuestros pueblos y ciudades, nuestras familias y hogares, el presente y el futuro que hemos de construir juntos; bajo su amparo, nuestras Iglesias de Toledo, Mérida-Badajoz, Coria-Cáceres y Plasencia, sus proyectos pastorales, la urgente necesidad de vocaciones, todas y cada una de nuestras comunidades, nuestros niños, jóvenes, mayores. Que el Señor nos bendiga y Nuestra Señora de Guadalupe nos guarde.

En Guadalupe, a 29 de junio de 2026.

Solemnidad de los Apóstoles san Pedro y san Pablo.

+ Francisco Cerro Chaves,
Arzobispo de Toledo. Príncipe de España

✠ **Francisco Cerro Chaves,**
Arzobispo de Toledo

+ José Rodríguez Carballo

✠ **José Rodríguez Carballo,**
Arzobispo de Mérida-Badajoz

+ Jesús Pulido
Ob. Coria-Cáceres

✠ **Jesús Pulido Arriero,**
Obispo de Coria-Cáceres

+ Ernesto
Obispo de Plasencia

✠ **Ernesto Jesús Brotóns Tena,**
Obispo de Plasencia

+ César Magán
Obispo Auxiliar de Toledo

✠ **Francisco César García Magán,**
Obispo auxiliar de Toledo



Jubileo
Guadalupense
2026-27